

5. Un Vistazo al Cielo

La *comuni3n del alma* con el Redentor fue dulce para el profeta Juan, mientras vivía solo en Patmos; y el encuentro real con Cristo en esa primera visi3n, que abri3 ante su mente la historia futura de la iglesia, lo haba acercado mucho al objeto de su amor. «Despu3 de esto mir3, y he aqu3 una puerta abierta en el cielo» (Apocalipsis 4:1). Esteban, mientras los hombres mataban su cuerpo, mir3 y los cielos se abrieron; y dijo: «He aqu3, veo... al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios» (Hechos 7:56). As3 como Cristo se levant3 en simpat3a con aquel disc3pulo sufriente, as3 el anhelo sentido por Juan toc3 el coraz3n de Cristo, y el profeta escuch3 de nuevo el sonido de trompeta que dec3a: «Sube ac3, y te mostrar3 las cosas que han de suceder despu3 de estas» (Apocalipsis 4:1).

Solo el ojo espiritual puede contemplar las cosas de Dios; y pocos mortales han permitido que el lado espiritual de sus naturalezas se desarrolle hasta el punto de poder dejar las escenas terrenales y contemplar los reinos de arriba. Juan fue uno de ellos, quien, cuando Dios dijo «Ven», pudo ir. Ezequiel fue otro que tuvo el privilegio de visitar el cielo; y describe, lo mejor que el lenguaje humano puede retratar, las glorias del trono de Dios. Cuando Cristo llam3, Gabriel condujo a Juan al santuario de arriba, a la misma presencia de Jehov3. 3l dice: «E inmediatamente fui en el Esp3ritu; y he aqu3, un trono estaba puesto en el cielo, y sobre el trono, uno sentado» (Apocalipsis 4:2). «Trono de gloria, excelso desde el principio, es el lugar de nuestro santuario» (Jerem3as 17:12). Como a Mois3s, ante la zarza ardiente, se le orden3 que se quitara los zapatos; «porque», dijo el Se3or, «el lugar en que t3 est3s, tierra santa es» (3xodo 3:5); as3 uno siente que debe andar con ligereza cuando est3 en presencia de las escenas que Juan retrata.

El cielo, desde cualquier punto de vista, presenta el plan de Redenci3n. Este plan es el tema que lo absorbe todo en el universo de Dios; y el cielo lo refleja en todas sus obras. Solo el coraz3n pecaminoso del hombre es inconsciente de la obra de Dios al vencer los efectos de la ca3da. Las cosas presentadas a Juan

muestran que la actividad de los seres celestiales se dedica al servicio del hombre. «El aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de sardio; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en su aspecto a la esmeralda» (Apocalipsis 4:3). La luz de la gloria de Dios, tal como brilla en el rostro de Jesucristo, es una luz de blancura deslumbrante, sus rayos son ininterrumpidos.

El arco iris en las nubes es solo un símbolo del arco iris que ha rodeado el trono desde la eternidad. En las edades pasadas, que la mente finita no puede comprender, el Padre y el Hijo estaban solos en el universo. Cristo fue el primogénito del Padre, y a Él Jehová le dio a conocer el plan divino de la Creación. El plan de la creación de mundos fue desvelado, junto con el orden de seres que debían poblarlos. Los ángeles, como representantes de un orden, serían ministros del Dios del universo. La creación de nuestro pequeño mundo, estaba incluida en los planes profundamente trazados. La caída de Lucifer fue prevista; igualmente la posibilidad de la introducción del pecado, que estropearía la perfección de la obra divina. Fue entonces, en aquellos primeros concilios, que el corazón de amor de Cristo fue conmovido; y el Hijo unigénito prometió su vida para redimir al hombre, en caso de que este cediera y cayera. Padre e Hijo, rodeados de gloria impenetrable, se tomaron de las manos. Fue en agradecimiento a esta ofrenda que a Cristo le fue concedido el poder creador, y se hizo el pacto eterno; y desde entonces el Padre y el Hijo, con una misma mente, trabajaron juntos para completar la obra de la creación. El sacrificio de sí mismo para el bien de los demás fue el fundamento de todo. A medida que los ángeles fueron creados por mandato de Jehová, el cielo fue dispuesto de tal manera que ellos pudieran leer en todo el plan de salvación. La disposición de los ángeles en su trabajo alrededor del trono es una imagen del amor redentor de Dios. Los seres angélicos no conocen nada diferente. Así, todo el cielo espera la redención del hombre. Incluso las piedras que componen los muros de los cimientos tienen voces que hablan de la expiación. Los colores reflejados en cada objeto de la corte celestial hablan más fuerte del poder y la infinita misericordia de Dios de lo que la lengua mortal puede expresar. El lenguaje humano no puede contar la historia.

Está más allá de toda descripción. A lo largo de la eternidad, a medida que una cosa tras otra revele el amor del Padre, los redimidos, como las criaturas vivientes que ahora están alrededor del trono, cantarán: «Santo, santo, santo» (Apocalipsis 4:8). Sobre la faz de nuestro propio mundo se refleja esta historia; porque la naturaleza es *el espejo de la divinidad*; pero el hombre está ciego y malinterpreta aquellas cosas que señalan inequívocamente a un Dios de amor. El propósito de esta revelación de Jesucristo al apóstol Juan es mostrar a los hombres cuán cerca está Dios de las criaturas de su mano; para que la voz de Jehová pueda ser escuchada explicando el plan de Redención.

Como señal del pacto entre el Padre y el Hijo, el arco fue colocado alrededor del trono. «Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro» (Salmos 89:14), porque «La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron» (Salmos 85:10). Después del diluvio, el arco iris en la nube no fue sino un tenue reflejo del constante recordatorio en el cielo del pacto eterno hecho para la salvación del hombre antes de la fundación del mundo.

El pecado nos oculta el amor de Dios, cerrando al alma los rayos de luz del trono de la misericordia. Así como la nube produce la lluvia, y el sol, al brillar a través de las gotas, produce el arco iris, así *las lágrimas del penitente son solo las gotas de lluvia que preceden al sol de la santidad*. El Sol de Justicia, brillando sobre las lágrimas del penitente, manifiesta la gloria de Dios, de la cual «el arco que está en la nube en día de lluvia» (Ezequiel 1:28) es una semejanza. Cuando Dios mira el arco, recuerda el pacto eterno. En nuestras propias nubes de tormenta, Dios y el hombre miran el mismo arco; para el hombre es una promesa de perdón; para Dios un recordatorio de misericordia.

Volviéndose del Padre, que estaba sentado sobre el trono, Juan vio veinticuatro asientos alrededor del trono. Estos asientos estaban ocupados por veinticuatro ancianos, «vestidos de ropas blancas; y tenían en sus cabezas coronas de oro» (Apocalipsis 4:4). Estos también representan la obra expiatoria de Cristo. Representan a hombres de toda parentela, lengua y pueblo, redimidos

por la sangre de Cristo, vestidos con las vestiduras blancas de su justicia y llevando en sus cabezas las coronas de victoria, que se prometen a todo vencedor. Perteneían a esa compañía que se levantó de la tumba cuando Cristo salió del sepulcro, y de quienes Pablo habla como una *multitud de cautivos*, ofrecidos al Padre como las primicias de entre los muertos. La obra de estos veinticuatro ancianos se describe en el capítulo quinto, y por esa razón, solo se les menciona en esta conexión como sentados cerca del trono.

El trono de Dios es un trono de vida; no un trono inanimado. Mientras Juan miraba, vio relámpagos y escuchó truenos y voces. Está viendo el centro de la creación —el trono de Dios—. Es el gran cuerpo de vida, la fuente de toda ley. Por el poder que allí se concentra, los mundos se mantienen en el espacio y los soles completan sus órbitas. El poder que mantiene el universo en el espacio y une los átomos emana de este trono de vida. Los ángeles son los ministros enviados para hacer la voluntad de Aquel que se sienta como Rey. Algunos son portadores de luz para los mundos, otros son ángeles guardianes para los niños pequeños en la tierra; pero cualquiera que sea la misión, ya sea grande o pequeña, según se mida en las balanzas de la humanidad, hay la misma obediencia a los mandatos de Jehová. Saliendo de la presencia del Padre, vestidos con el reflejo de su propia luz, esos mensajeros desaparecen como destellos de relámpagos. Los mandatos dados, cuando se hablaban en una lengua desconocida, sonaban como el rugido del mar o como un trueno profundo y distante. Otros hombres han oído a Dios hablar cuando su voz sonaba como un trueno. Así fue en el Sinaí, y también cuando, cerca del final de su ministerio, los hombres se reunieron alrededor de Cristo en el atrio del templo. Para el Hijo era la voz de Dios; para los hombres era un trueno. Juan escuchó otras voces que entendió. También vio los siete espíritus de Dios, que, en el tabernáculo terrenal, estaban tipificados por las siete lámparas sobre el candelabro de oro. Estos estaban ante el trono. Este era el Espíritu de Jehová siempre presente y que todo lo impregna, en el cual tiene su origen toda vida.

El trono era alto y excelso, como lo vio Jeremías. Ezequiel describe el trono como sobre un firmamento, con la apariencia de «cristal terrible» (Ezequiel 1:22). Y este firmamento de cristal, o expansión, descansaba sobre las cabezas de cuatro seres vivientes, los cuales estaban llenos de ojos. Juan estaba acostumbrado a las plácidas aguas del Mediterráneo, y el espacio alrededor del trono es descrito por él como «un mar de vidrio semejante al cristal» (Apocalipsis 4:6). «Y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás» (Apocalipsis 4:6).

Estas cuatro criaturas vivientes representan cuatro fases del carácter de Dios. La primera era como un león, la segunda como un becerro, o un buey, como dice Ezequiel, la tercera tenía rostro de hombre, y la cuarta era como un águila volando. Esto establece nuevamente el hecho de que cuando se estableció el plan de redención, todo el cielo estaba en unísono con el plan. Ezequiel y Juan, uno antes del advenimiento de Cristo, el otro después, describen lo mismo, mostrando que el Nuevo Testamento no es sino el desarrollo del Antiguo.

Cristo en su vida sobre la tierra combinó estas cuatro naturalezas. Él es el León de la tribu de Judá, de quien se profetizó: «No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh» (Génesis 49:10). Como legislador y gobernador, Cristo representó la naturaleza real del Padre. Cuando a las tribus se les dieron sus lugares alrededor del santuario, Judá estaba situada al este; y a medida que viajaban, el estandarte de Judá iba delante de ellos. En los Evangelios, Mateo comienza con la genealogía, mostrando el derecho de Cristo al trono de David. Hubo, en la vida de Emanuel, una unión de divinidad con humanidad. Cristo fue el primogénito en el cielo; fue igualmente el primogénito de Dios sobre la tierra, y heredero del trono del Padre. Cristo, el primogénito, aunque Hijo de Dios, fue revestido de humanidad y fue perfeccionado por el sufrimiento. Tomó la forma de hombre, y por toda la eternidad, seguirá siendo hombre. Cada primogénito en las familias humanas es un tipo de la ofrenda hecha por Cristo. Marcos, en su vida de Cristo, da el lado del siervo. La segunda cara era la del becerro, o el buey, el siervo de los hombres. Esto representa el

sacerdocio —los levitas que fueron elegidos para el servicio—. Cristo es tanto el cordero inmolado como el sacerdote que ministra en el santuario de arriba. Llevó los pecados del mundo en su propio cuerpo en la cruz, y la carga lo aplastó hasta la muerte. Aquí se representan la posición más exaltada y la posición más humilde —Dios en los cielos y Dios en la cruz—. Así como los levitas siempre acompañaban el tabernáculo, así Cristo ministra constantemente al hombre. El cielo no conocerá otra historia hasta que el hombre sea redimido de la tierra. Toda bestia de carga bajo su peso, todo hijo de Dios sobrecargado, es un recordatorio de Cristo que se hizo siervo de los hombres. Aunque ocupó el lugar más humilde, seguía siendo el dador de la ley y es juez de todos. El Evangelio de Lucas describe el lado humano del Hijo, dando esa parte de su obra vital que apela más fuertemente a la mente del hombre. Como Dios tomó la forma de hombre, hay, en el don, una promesa de que el hombre puede tener la naturaleza de su Dios. El ojo agudo del águila voladora se toma para representar la mirada escrutadora de Aquel cuyos ojos, como llama de fuego, «recorren toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él» (2 Crónicas 16:9). Entre los diferentes escritores, fue Juan, el discípulo amado, quien vio el carácter de Cristo retratado como el Verbo glorioso, Uno igual al Padre en poder, fuerza y gloria, y su evangelio completa el registro inspirado de la vida del Salvador. Él retrató el carácter divino más plenamente que cualquier otro escritor. Esto está representado por el águila que vuela hacia el cielo.

En la corte celestial, hay un sentido tan abrumador de la obra infinita de Dios que los cuatro seres vivientes claman constantemente: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir» (Apocalipsis 4:8). Y en el cántico del cielo, los redimidos de entre los hombres, retoman la respuesta; y echando sus coronas delante del trono, cantan: «Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apocalipsis 4:11).